

hoy de este libro con el espacio suficiente para que el eufemismo ocupe todo el hueco que sus circunloquios necesitan, y no consintiendo el respeto más sagrado, el debido al gran talento y á la muerte, que se hable de este libro sin eufemismos, renuncio á todo examen de esos *últimos escritos*, que no son últimos, y me limito á recomendar el volumen como se recomienda una reliquia, y á aconsejar la lectura de los primeros capítulos, en los cuales el autor refiere varios viajes con la fuerza plástica y la gracia que eran características del poeta... en prosa de *La Alpujarra*.

En mi próxima revista acaso pueda hablar ya de obra tan importante como *Dolores*, la esperada y deseada colección de poesías de Federico Balart, de la cual ya puedo hacer cumplido elogio, por conocer, como todos los aficionados á la lírica, gran parte de su contenido.

También, dentro de un mes, se podrá decir ya algo de los nuevos libros de Castelar y de varias novelas de escritores tan notables como A. Palacio Valdés y Emilia Pardo Bazán.—Para otro día dejo asimismo algunas consideraciones acerca de la *obra magna* del Sr. Benot, que se propone publicar una prosodia... en tres tomos de cuatrocientas páginas. ¡Mil doscientas páginas de prosodia!



## REVISTA LITERARIA

Resumen.—*Historia de las ideas estéticas en España*, tomo I, segunda edición refundida y aumentada, por M. Menéndez y Pelayo.—Una noticia.—Asuntos aplazados: *Estudios psicológicos y estudios críticos*, por U. González y Serrano.—*La enseñanza de la Historia*, por Rafael Altamira.—*Ayala*, estudio político, por Conrado Solsona.—La conferencia del Sr. Vidart.—Novelas.—*La Fe*, por Armando Palacio Valdés.—Reparos á una objeción.—*Dos historias vulgares*, por J. Castro y Serrano.

**M**UCHO asunto, por fortuna, y poco espacio, por necesidad, exigen de mí en esta revista que, ya que no puedo valerme de la justamente alabada concisión de Tácito, logre la brevedad indispensable, dedicando á cada una de las materias que anuncio menos renglones de los que merecen todas.

Menéndez y Pelayo, que por juntarse en él cualidades que rara vez reúne un sólo crítico, debe

ser llamado, sin que nadie pueda ofenderse, nuestro primer erudito de literatura, nuestro primer tratadista de historia intelectual, ha publicado la segunda edición, refundida y aumentada, del primer tomo de su obra monumental acerca de la *Historia de las ideas estéticas en España...* y en todo el mundo pudiera añadirse. A Menéndez y Pelayo le ha pasado con esta empresa, verdaderamente titánica, lo que Goethe describe con tanta elocuencia, pero con palabras que yo no puedo recordar ahora exactamente, al pintarnos los cambios que la inspiración artística y el trabajo van imponiendo á la primitiva concepción de una obra literaria. El autor se encuentra con que una vegetación exuberante, inesperada, transforma á sus propios ojos la idea inicial; multitud de relaciones de su asunto con las demás cosas del mundo le salen al paso exigiendo ser expresadas, y multitud de energías del ingenio, de que no había conciencia, piden también espacio, forma. Cuanto más *humana*, más real es una concepción artística, y cuanto más de las entrañas del espíritu sale, más rica es al producirla, esa vegetación inesperada, invasora, que la rodea y en cierto modo desfigura, porque todo vibra al vibrar ella, todo revela la sustancia común, los lazos invisibles de las cosas que la inspiración advierte y que no se muestran á la fría abstracta manera de ver ordinaria, que en-

gendra preocupaciones vulgares y la *prosa* común de la vida pobre, y también sistemas filosóficos *negativos* y teorías políticas y sociales *atomísticas*. Esa tendencia expansiva, que lleva á verlo todo en cada cosa, á mirar siempre desde un punto de vista unitario, armónico, es la que expresa un personaje del mismo poeta que citaba antes, la condesa de Scandiano Leonor de Sanvitale, cuando al hablar de las contemplaciones poéticas de Tasso, dice:

«Sein Ohr vernimmt der Einklang der Natur;  
Was die Geschichte reicht, das Leben giebt,  
Sein Busen nimmt es gleich und willig auf:  
Das weit Zerstreute sammelt sein Gemüth,  
Und sein Gefühl belebt das Unbelebte.»

...Su oído percibe la armonía de la naturaleza; lo que ofrece la historia, lo que la vida nos da, su pecho lo recoge al punto con ardor; *su genio reúne lo que aparece disperso y lejano*, y su sentimiento anima lo inanimado.—En los productos del ingenio que llega á esas alturas, esta relación á *todo lo demás* siempre será una tendencia, que puede pecar de excesiva y que se podrá dominar ó no, según el carácter del poeta y hasta el de su raza; en la música, por ejemplo, veremos lo mismo que en las letras la diferencia que á este respecto señala la calidad del genio teutónico y la del genio llamado latino; veremos la facilidad y claridad y

elegante medida de un Rossini oponerse á la profunda y sugestiva complicación armónica de un Wagner; como en las letras, podremos comparar la sencillez y precisión de los grandes escritores franceses de su siglo de oro, con la grandeza exuberante, á veces descompuesta, de un Shakspeare, con la variedad y aparente incoherencia de un Juan Pablo, con las sacudidas nerviosas y para algunos incomprensibles, ú oscuras por lo menos, de un Carlyle; en el mismo Goethe encontraremos, según las épocas, según los momentos de su inspiración, ya la sencillez hermosa y limitada del espíritu clásico que imita en obras como *Ifigenia*, en su idilio famoso de Hermann y Dorotea, que encanta á nuestro Castelar; ya en Guillermo Meister (que Castelar no admira tanto y que Carlyle comenta sin agotar jamás el comentario) la variedad y profundidad y *trascendencia* omnilateral, propias de los grandes espíritus de esta raza, en las épocas de florecimiento y cultura principalmente, aunque también, en cierto modo, en los albores de sus literaturas, como Taine nos demuestra.

Un libro de historia espiritual, como es este de Menéndez y Pelayo, también es obra de arte y de inspiración cuando es concebido y escrito en las regiones de la alta crítica en que vive nuestro erudito—poeta también á su modo.—Menéndez y Pelayo, que comenzó su gloriosa carrera amando con

la pasión propia de la juventud, *exclusivamente*, el genio clásico, fué poco á poco, con una sinceridad de que hay raros ejemplos, estudiando y penetrando el espíritu del Norte que despreciara al principio, tal vez por preocupación religiosa en parte, tal vez en parte por celos patrióticos. Hoy es acaso el literato español que mejor conoce la gran literatura británica y la gran literatura alemana; su propio talento, su propio carácter, se han dejado influir por los poetas filósofos, historiadores y críticos germánicos, y cada día se va pareciendo menos á otros escritores españoles, claros, serenos, nobles, brillantes, sí; pero intransigentes, *limitados*, *tranchants*, como dicen los franceses; espíritus que, si no fuera la comparación irrespetuosa, podría decirse que llevan anteojeras para no apartarse del camino real que siguen, ni dejarse asustar ni aun influir por el resto del mundo que queda á derecha é izquierda. Menéndez y Pelayo hablando hoy de arte, de filosofía, ofrece las mismas *vaguedades*, como las llaman por acá, los mismos *á peu pres*, los mismos *puede ser*, que tanto irritan en Renan á ciertos críticos (Renan, que es el francés-alemán, como Carlyle es el inglés-alemán, como acaso Menéndez y Pelayo acabe por ser el español-alemán), las mismas medias tintas, las mismas afirmaciones provisionales que vemos en tantos escritores, ya germánicos, ya influidos

por ese espíritu, en todos los países de gran cultura intelectual y del sentimiento (1).

A pesar de que Menéndez y Pelayo es hoy un escritor católico, pues mientras él lo diga hay que creer que lo es, porque no es de los que engañan ni de los que juegan con estas cosas; á pesar de que *para el mundo milita* en partido y escuela que se llaman reaccionarios, sería absurdo confundirle con los ilustres corifeos de la escuela tradicionalista aunque sean tan ilustres como Valdegamas. A nuestro crítico no cabe aplicarle ciertas clasificaciones antiguas; es otra cosa, es algo más y mejor que todo eso. Si hemos de insistir en dividirnos en liberales y tradicionalistas, en progresistas y retrógados y conservadores, á Menéndez y Pelayo no le podremos medir ni le podremos clasificar; es de otro mundo, que será el que prevalezca si han de ir á bien los destinos humanos.

Su libro no podía menos de ser influido por estas tendencias del autor. Escribir la historia de las ideas estéticas en España hubiera sido para cualquier erudito vulgar, de esos que tanto abundan en las huestes de la sabiduría oficial y ordinaria, empresa bien concreta y determinada por el nom-

(1) Véase, en comprobación de esta idea, lo que Menéndez y Pelayo dice á propósito del valor actual de la música, en su contestación al discurso de Barbieri en la Academia Española,

bre del asunto; se comenzaría por ver «si era España palabra vascongada», ó por lo menos por investigar, merced á los *estudios célticos*, «qué casta de estética usaban tan remotos pobladores de la Península...» y en adelante, en toda la obra se tendría siempre presente el lema geográfico de que aún hay Pirineos.

Menéndez y Pelayo, bien al revés de lo que suelen hacer muchos escritores franceses, que ven la historia de todo el mundo en la de Francia, vió con más razón la historia de las ideas estéticas de España en la de *todo el mundo*, y al hablar de la antigüedad fué á buscar el germen de nuestra vida intelectual respecto de su asunto, donde estaba, en Grecia y Roma; en la Edad Media buscó antecedentes de la estética cristiana fuera de nuestro suelo, en San Agustín, por ejemplo, y después sabio complemento en Santo Tomás; para hablar de la influencia de árabes y judíos, sin perjuicio de insistir como era natural en el estudio de los judíos y de los árabes españoles, trató en general de los escritores que la sabiduría estética ofrece en uno y otro pueblo semítico, y llegando después á tiempos modernos, creyó indispensable preparar el estudio del pensamiento español en punto á estética, investigando con extensión, originalidad y diligencia suma los elementos extranjeros que han influido y pueden seguir influyendo en nuestras

ideas; y de aquí los volúmenes dedicados á la estética francesa, inglesa, alemana en los varios períodos y escuelas. Se ha dicho que el autor de tan magna obra había salido de su plan; pero él mismo explica la legitimidad de todas sus luminosas excursiones á la estética extranjera, que aparte de ser fundadas en razón, se harían legítimas á fuerza de revelar talento, gusto, prolijo y discretísimo estudio. Bien puede decirse que Menéndez y Pelayo es el primer español moderno que se pone al nivel de los grandes tratadistas extranjeros al examinar una de las grandes manifestaciones del pensamiento humano en toda la historia.

Por lo que toca á esta segunda edición del primer tomo, que ocasiona estas consideraciones, sólo diré que obedece su presencia á los escrúpulos del concienzudo crítico, que habiéndonos pasmado con la erudición que se revelaba en la edición primera, la cual comprendía desde los orígenes hasta fines del siglo XV, se creyó obligado á mejorarla, rectificando, ampliando, añadiendo noticias á noticias, de modo que de lo que era antes un volumen tuvo ahora que hacer dos. Comprende el primero la introducción y el período hispano-romano; el segundo comienza en San Isidoro y llega al fin de la décimoquinta centuria. No es esta ocasión de examinar detenidamente el contenido de obra tan rica en ideas, en fuentes y

erudición de todo género, sólo diré que no ha de entenderse que por ser de muchos volúmenes y de mucha sabiduría, la *Historia* de Menéndez y Pelayo es uno de esos libros de consulta de que sólo pueden sacar partido los especialistas; no, es como la famosa *Historia* de la literatura inglesa de Taine, obra que pueden saborear todos los que tengan afición á las letras y al arte, que interesa como una buena novela, que se entiende sin esfuerzo, pues el autor es clarísimo aun al exponer la más intrincada filosofía, y que equivale su lectura á la de toda una biblioteca de los más importantes monumentos de la filosofía de lo bello y de las artes.

Los pocos críticos españoles que han hablado de este libro aplazan para más adelante el examen de que es digno, y siento yo tener que imitarlos en este momento, por causas ajenas á mi voluntad. Porque, á pesar de que tan grande es la fama del insigne profesor de *Historia crítica de la literatura española*, aunque no hay trabajo crítico que se refiera á literatura española moderna en que no se le cite, lo cierto es que sus obras se examinan poco, no se habla de ellas, en los periódicos y revistas más populares, con el detenimiento que merecen; y es esta una injusticia, pues no se trata de escritos cuyo asunto de tecnicismo oscuro, inaccesible para la mayor parte del público,

lo haga patrimonio de la atención de los especialistas; los autores de la clase de Menéndez y Pelayo tienen en Francia, en Inglaterra, en Italia, en Alemania, etc., un público numeroso, y son, sin dejar de ser sabios, populares. Los citados Taine y Renan son buenos ejemplos.

Si Menéndez y Pelayo tuviera tiempo, que no lo tiene, para pensar en este silencio general respecto del análisis de sus libros, se consolaría sin más que recordar los testimonios de admiración que se le tributan en el extranjero, donde se rinde á su mérito el mejor homenaje, el que más puede halagar á hombres de su condición, á saber: el estudio reflexivo de sus obras.

Un ejemplo reciente vemos en el *Anuario crítico de los progresos de la filología en los países latinos*, de que es editor el profesor Dr. Carlos Vallmüller, de Dresde, y director-gerente Richard Otto, de Munich. (*Kritischer Jahresbericht über die Fortschritte der Romanischen Philologie*.) Tratando Vallmüller de los Romanceros y Cancioneros españoles, cita con gran encomio la corta, pero excelente exposición que de la historia de nuestros Romanceros y Cancioneros nos ofrece Menéndez y Pelayo en su introducción á la *Antología de poetas líricos castellanos*, introducción de que hace meses hablé en una revista literaria de *El Imparcial*.

Y ya que cito el *Anuario* alemán que honra á nuestras letras antiguas y modernas, consagrándolas gran parte de sus páginas, aprovecho esta ocasión, la de la gran publicidad de *El Imparcial*, para anunciar, por encargo de los señores Vallmüller, Otto y Scheffler (los cuales me han distinguido, encargándome de los estudios correspondientes á la literatura española contemporánea), que dichos señores recibirán con sumo agrado cuantas noticias relativas á literatura española se les remitan, así como libros, revistas, periódicos, diarios, etc., etc.; todo, en fin, lo que pueda contribuir á la noble y desinteresada idea acometida por ellos de propagar é ilustrar cuanto se pueda la filología y literatura de los pueblos cuyo idioma sea de los que forman en el grupo del nuestro (1). Asimismo, para preparar la Memoria correspondiente al año 1891, yo agradeceré los datos y documentos que se me remitan, á más de aprovechar los que de continuo vengo recibiendo (y agradeciendo) de directores y editores que no han podido hasta ahora tener en cuenta esta nueva utilidad que para mí ofrecen sus obsequios. A juzgar por la lista de colaboradores de la citada publicación, la literatura hispano-americana está muy dignamente representada, pues allí leo el

(1) Los que tomen en cuenta este anuncio pueden dirigirse á el Sr. Rich. Otto, München, Gabelsbergenstrasse, 55, 1.º

nombre del ilustre filósofo Sr. Cuervo, cuyo *Diccionario*, no terminado, es todo un monumento literario.

Aquí pensaba yo hablar, porque juzgo que lo merecen, de los siguientes libros: *Estudios psicológicos* y *Estudios críticos*, por el notable filósofo español (el único filósofo español acaso que hoy escribe con cierta asiduidad) D. Urbano González Serrano. *La enseñanza de la historia*, por el muy erudito y perspicaz crítico, y ya puede decirse que sabio, D. Rafael Altamira, uno de los pocos *hombres nuevos* que son legítima esperanza de la vida intelectual española. *Ayala*, por el inteligente, activo y bondadoso periodista D. Conrado Solsona, que sin pretensiones que á otros les sobran, sabe lograr el *gran éxito* de hacerse simpático á sus lectores, aun defendiendo causa tan arriesgada, si bien generosa, como la de sacar la fama política de Ayala, libre y sin costas.

Mis propósitos respecto de estos libros son buenos; pero el espacio me falta hoy, pues necesito emplear el que me queda en obras puramente literarias.

En la próxima revista, Dios mediante, hablaré de tan interesantes obras, más ó menos, refiriéndome, como es natural aquí, á la relación literaria en que cabe examinar los respectivos asuntos que

tratan. Es claro que los *Estudios críticos* del señor Serrano entran en la literatura *directamente*; mas prefiero examinarlos con la unidad que dará la consideración del ingenio de su autor al análisis de sus trabajos críticos y de los psicológicos. ¡Análisis! No será tanto; pero, en fin, lo que yo pueda.

También hubiera querido hablar de la conferencia del Sr. Vidart en el Ateneo acerca de Cristobal Colón y sus mayores ó menores méritos y defectos. Mas, á falta de espacio, diré en estilo telegráfico que, á mi juicio, ni F. Duro ni Vidart hacen mal en declarar lo que entienden ser verdad, toda vez que hablan con la conciencia de que deben sus afirmaciones á estudio detenido (1). Obligación es de los que han profundizado tan grave asunto, dilucidarlo; como es deber de los que sólo conocemos tales disputas de oídas, por datos vulgares, abstenernos de votar, aunque el sentimiento nos grite, como me grita á mí, en favor del grande hombre y de su leyenda.

Sin mucho ruido, pero con resonancias lejanas y duraderas, con buen éxito en la librería y mereciendo la atención de los pocos lectores de ve-

(1) Acaso, sin embargo, pudiera discutirse la oportunidad del intento, teniendo en cuenta el carácter impresionable de nuestro pueblo y la pueril ignorancia.